

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. OR.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, OCTUBRE 15 DE 1875.

{ NUM. 94.

LA NECESIDAD DEL TRABAJO.

El preceptor.—Descansemos aquí un instante de nuestro paseo matutino, en tanto que se hace hora de acudir á dar nuestras lecciones. Es cosa muy grata y saludable salir con la frescura de la mañana á espaciarse por una verde campifia; y nosotros que acabamos de verificarlo, parece como que nos encontramos ahora mas despejados y mas dispuestos á emprender nuestra tarea.

Leocadia.—¡Qué hermosa está la mañana y cómo cantan los pajaritos en la arboleda!

Félix.—Casi, casi, dá pereza el ir á encerrarse en casa con un día tan hermoso. ¡Vea vd.: ni siquiera hay una nube en el cielo!

El preceptor.—A lo que yo veo, vosotros perdonaríais de buena gana el acudir al desempeño de vuestras diarias é indispensables tareas, con tal de estar correteando y divirtiéndooos en el campo.

Leocadia.—Nosotros solo queremos lo que vd. nos mande.

El preceptor.—Sin embargo, como lo que yo os mando deseo que lo ejecuteis tambien por convencimiento vuestro, quiero que conozcais por vosotros mismos la necesidad del trabajo, y que es preciso

estudiar y aprender, si es que hemos de valer algo mañana. El constante trabajo es una necesidad de la que nadie se libra; es una ley que el Supremo Hacedor impuso al género humano, cuando dijo al primer hombre: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro.» Tended si no la vista por esa vasta llanura que nos rodea, y vereis confirmada esta verdad con el ejemplo de tantos hombres como se entregan á sus faenas. Unos labran los campos y riegan sus huertas, otros por aquel camino vienen apresurados á la corte; es con el objeto de dar favorable salida á los productos de su industria ó de su cosecha.

Mas allá veis algunas lavanderas ansiosas de llegar al rio, para lavar la ropa de los repletos talegos que llevan sobre la cabeza. Los pastores conducen sus rebaños y todo presenta un cuadro de actividad encantadora. En fin, hasta los mismos animales parece que, participando del movimiento general, concurren á presentar pruebas de la necesidad del trabajo.

Félix.—¿Y tambien los animales dice vd. que están trabajando?

El preceptor.—Sí: porque no es otra cosa mas que trabajo y constante tarea el paseo de esa solícita abeja que veis revoloteando de flor en flor, para

recoger materiales con que labrar los panales de su colmena; trabajo constante es tambien el de esa pequeña hormiga que corre á vuestros piés en busca de provisiones que guarda para el invierno; muda leccion para los que negligentes en la primavera de su vida, no encuentran recursos en el invierno de su vejez.

Leocadia.—Diga vd., ¿y qué es lo que trabajan aquellos pajaritos que no hacen mas que cantar y volar entre los árboles?

Félix.—Calla tú: ¿no has visto ahora mismo cruzar á uno con una pajilla en la boca? Pues es que están formando los nidos donde luego han de criar á sus hijitos.

El preceptor.—En efecto, y no seria difícil, si reconociésemos atentamente la alameda, que llegaríamos á divisar algunos nidos, formados con esmero, de pajas, yerbas y lanas en lo espeso del ramaje.

Félix.—Las que no hacen absolutamente nada, son aquellas mulas que se ven allá abajo, tumbándose y revolcándose en el verde.

El preceptor.—Esperad, que ya me parece que llega allí quien pondrá fin á su retozo. En efecto, ya veis aquel zagal cómo se las lleva, para uncirlas al arado y servirse de ellas en el cultivo de los campos, que han de dar el pan para nuestro sus-

tento. Aun así salen mejor libradas que si las enganchasen á un carruaje, del que sin descanso tuviesen que tirar por toda una jornada.

Leocadia.—¡Gracias á Dios que ya hemos encontrado quien nada tenga que trabajar! Vea vd. ese perrito, que meneando la cola se ha parado allí enfrente. Lo que él quiere es que le llamemos para jugar con nosotros. ¡Toma! psit, psit, perrito!

Félix.—Sí, sí, buen caso hace de tí. Mírale qué paso lleva!

El preceptor.—Es que obedece la órden de su amo. ¿No habeis escuchado un silbido penetrante? pues ha sido dado por aquel cazador, que pertrechado de todos sus arreos, vá por el camino y llama á su perro, para que le siga por todos los vericuetos y le ayude á encontrar caza para su alimento. Y á fé que no le envidio yo la ganancia al tal perrito, ni los ratos de descanso que tendrá en todo el dia. ¿Y ahora qué decís de todo esto, amigos míos?

Félix.—Que nos vayamos derechitos á casa para estudiar al instante nuestras lecciones.

Leocadia.—Sí, y de camino iremos en compañía de aquel niño que viene por allí y parece tan juicioso. Anda y dile que si quiere venir, estará divertido con nosotros.

Félix.—¿Gusta vd. que vaya?

El preceptor.—Enhorabuena. Me temo que no tenga él mucho tiempo para divertirse....

Félix.—Dice que no puede detenerse de ningun modo, que vá muy léjos á un recado importante de su mamá, que le está esperando con la contestacion. En fin, es imposible encontrar hoy quien no tenga su legítima tarea.

EL PASEO.

Casi todas las tiendas de Barcelona se hallan elegantemente adornadas la noche que antecede á la fiesta de los Santos Reyes.

Por esto muchas familias pasean las calles de la ciudad, con el doble objeto de recrearse y de comprar algun juguete para los niños.

El *Abuelito* de quien os hablé pocos dias há, hijos míos, queria obsequiar á sus amados nietos, y á este fin salió de casa con ellos tan pronto como habia anochecido la víspera de la festividad nombrada.

Muy pronto llegaron frente al escaparate de una rica sastrería, en dónde se veian capas, pantalones, levitas, abrigos de señora y variadas telas, lo cual, excitando la curiosidad de aquellos niños, hízoles exclamar:

Niños.—Mire vd., *Abuelito*, cuántos vestidos! Para qué los tienen aquí?

Abuelito.—Los tienen para venderlos. Cuando alguno desea vestirse, viene, compra lo que necesita y se lo lleva á su casa.

Niños.—Aquí hay una capa de paño, allí hay unos pantalones de hilo, más allá hay una camisa de algodón....

Abuelito.—Tambien se ve un abrigo de seda para señora.

Niños.—¿Hacen todo eso los sastres, *Abuelito*?

Abuelito.—Los sastres lo cosen, hijos míos; pero ántes compran ellos las telas.

Niños.—Y de dónde traen las telas para hacer esos vestidos tan bonitos?

Abuelito.—Las telas, hijos míos, son fabricadas por unos hombres llamados tejedores; pero éstos necesitan ántes el hilo con que las tejen. Hay hilos de cáñamo, de lino, de algodón, de seda, de lana...

Niños.—Quiere decir, que si no hubiera cáñamo, lino, algodón, seda ni lana, tampoco tendríamos telas para abrigarnos. Puede ser que nos muriésemos de frío. ¿Y de dónde se sacan tantas cosas para tejer las telas, *Abuelito*?

Abuelito.—Vamos hácia aquella otra tienda, y os lo diré entre tanto. El cáñamo y el lino son las fibras que sirven de corteza delgadita al tallo de unas plantas sembradas y cultivadas por los labradores. El algodón es una especie de borra, pelusa ó vello que hay dentro de las flores de ciertos árboles pequeñitos (arbustos) llamados algodonereros.

Niños.—¿Tambien están en los campos?

Abuelito.—Sí.

Niños.—Pues si Dios no hubiera criado los campos, no tendríamos cáñamo, ni lino, ni algodón.

Abuelito.—Nada de eso tendríamos.

Niños.—¿Y la seda?

Abuelito.—La seda se saca del *capullo* ó especie de huevo dentro del cual se encierran los animalitos que lo fabrican, llamados *gusanos de seda*; y la lana ya sabeis que es el pelo de las ovejas y de los corderitos.

Niños.—¿Y estos animalitos fueron criados por Dios?

Abuelito.—No solamente los crió cuando hizo el mundo, sino que para alimentarles ha criado tambien la yerba que comen los corderitos y las ovejas, y las moreras cuyas hojas sirven de pasto á los *gusanos de seda*.

Niños.—¿Cuántas cosas ha criado Dios!

Abuelito.—Y de nada que las ha criado. Por esto le llamamos *Criador*, y *Poderoso*.

Niños.—Y es tambien muy *Bueno*, *Abuelito*; pues esas cosas las ha criado para nosotros.

Abuelito.—Por esto hemos de estar muy agradecidos con Dios, á quien, segun vísteis dias pasados, debiamos el alimento....

Niños.—Y á quien tambien debemos los vestidos.

Abuelito.—Ciertamente, hijos míos; y para mostrarle nuestro agradecimiento, rezamos todos los dias aquellas oraciones tan bonitas que os enseñó vuestra querida madre.

Niños.—Ningun dia dejaremos de rezarlas, *Abuelito*; pues vamos conociendo que TODO CUANTO TENEMOS LO RECIBIMOS DE ESE DIOS TAN BUENO Y PODEROSO CRIADOR DEL MUNDO.

Y al decir esto, llegaron á la tienda indicada por el *Abuelito*, en la cual sucedió lo que os contaré otro dia.

LA LIMOSNA.

La moral en imágenes se enseña colocando delante de los niños una estampa ó dibujo que representa una accion virtuosa, un rasgo de beneficencia, etc., explicándoles el significado de la estampa y haciendo que ellos mismos la interpreten. Supongamos por ejemplo, un dibujo representando:

Una señora que dá limosna á un pobre.

Las primeras preguntas deben referirse á la descripcion de la estampa: quién da limosna: á quién se la dá: desde dónde se la dá, etc.

Pero de aquí es fácil pasar á consideraciones de un órden mas elevado acerca de la limosna y la caridad.

¿Por qué se dá limosna? ¿Con qué fin se dá? ¿Hay obligacion de dar limosna? ¿Qué recompensa se obtiene dando limosna á los necesitados? ¿Tienen todos obligacion de dar limosna? ¿Qué han de hacer los que no puedan darla? ¿A quiénes se debe preferir al dar limosna?

La habilidad del maestro consiste en indicar las respuestas á los niños de tal manera, que parezca es á ellos mismos á quienes se les ocurre lo que en realidad se les está dictando.

Se puede tambien resumir toda la moralidad de la accion representada por la estampa ó dibujo, en una sola máxima ó sentencia, para copiar ó encomendar á la memoria. Tales serian, en el ejemplo citado, los siguientes:

Dios que es el dueño de nuestros bienes, manda dar limosna por caridad y no por vanidad.

El que ve al pobre en extrema necesidad y pudiendo, se niega á socorrerle, desobedece el mandato de Dios.

No se debe hacer burla de los pobres, ni mirarlos con desprecio, porque son nuestros hermanos é hijos de Dios como nosotros.

El que se contenta con su suerte es rico en medio de la indigencia.

El que no sabe moderar sus deseos, es pobre aun en medio de la abundancia.

No hay pobre, tan pobre en esta vida, que no pueda ser rico, muy rico, en la eternidad.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO IV.

DE LA MESA.

SECCION PRIMERA.

De la mesa en general.

[Concluye.]

XXIX

No es de buen tono comer pan, ni beber licor ó agua, hasta que no se ha acabado de tomar la sopa.

XXX

Abstengámonos severamente de llevar al original, ú ofrecer á otra persona, las comidas que hayan estado en nuestro plato y el cubierto que hayamos ya usado; así como de ofrecer el pan que hemos tenido en nuestras manos, el licor ó el agua que hemos probado, el vaso ó la copa en que hemos bebido, etc., etc., y de ejecutar, en fin, ningun acto que en alguna manera se oponga á las reglas anteriormente establecidas sobre el aseo para con los demás.

XXXI

Por regla general, en la mesa no tomaremos en las manos ni tocaremos otra comida que el pan destinado para nosotros. Respecto de las frutas, jamás las despojaremos de su corteza sino por medio del tenedor y el cuchillo; absteniéndonos de servir y de comer aquellas que para esta operacion necesiten de tomarse en las manos, las cuales vienen comunmente á la mesa tan solo á constituir fuentes de adorno, ó á contribuir á la belleza de otras fuentes. En las mesas bien dispuestas, con excepcion de aquellas pequeñas frutas de corteza muy sutil, como el durazno, la manzana, etc., las demás se presentan por lo comun despojadas de su corteza y convenientemente divididas.

XXXII

No comamos nunca aceleradamente ni demasiado despacio: lo primero haria pensar que procuráramos ganar tiempo para comer como glotones, nos impediria tomar parte en la conversacion, y nos haria incurrir en las faltas que la precipitacion trae consigo en todos los casos; y lo segundo imprimiria en nosotros cierto aire de desabrimiento y displicencia, que entibiaria la animacion y el contento de los demás, y nos expondria, ó bien á hacer el deslucido papel que hace siempre el que se queda al fin comiendo solo, ó á tener que renunciar, para evitar esto, á tomar lo indispensable para satisfacer debidamente la necesidad de alimentarnos. En cuanto á la manera de beber, tambien debemos huir á un mismo tiempo de la precipitacion y de la lentitud.

XXXIII

Son actos extraordinariamente impropios y groseros el aplicar el olfato á las comidas y bebidas, así como el soplarlas cuando están en un alto grado de calor, y el batir en este mismo caso una bebida, tomando una parte de ella en la cuchara y vaciándola desde cierta altura en la taza que la contiene. Siempre que temamos encontrar en alguna casa un olor ó un sabor desagradable, abstengámonos de tomarla, sin manifestar á nadie el motivo; y respecto de las comidas ó bebidas calientes, tomémoslas poco á poco y en partes muy pequeñas, que de esta manera pueden siempre llevarse á la boca, sea cual fuere su grado de calor. No puede recomendarse, por demasiado repugnante, el uso de vaciar los líquidos calientes que se sirven en tazas, en el pequeño plato que las acompaña, para conseguir que bajen mas pronto de calor y beberlos con el mismo plato.

XXXIV

Son también actos groseros: 1º, abrir la boca y hacer ruido al mascar: 2º, sorber con ruido la sopa y los líquidos calientes, en lugar de atraerlos á la boca suave y silenciosamente: 3º, hacer sopas en el plato en que se está comiendo: 4º, dejar en la cuchara una parte del líquido que se ha llevado á la boca, y vaciarla luego dentro de la taza en que aquel se está tomando: 5º, tomar bocados tan grandes que impidan el libre uso de la palabra: 6º, llevar huesos á la boca, por pequeños que sean: 7º, tomar la comida por medio del pan, en lugar de emplear el tenedor ó la cuchara: 8º, arrojar al suelo alguna parte de las comidas ó bebidas: 9º, recoger las últimas partículas del contenido de un plato por medio del pan ó de la cuchara: 10º, suspender el plato de un lado para poder agotar enteramente el líquido que en él se encuentre: 11º, derramar en el plato las gotas de vino que han quedado en el vaso, para poner en este el agua que va á beberse: 12º, hacer muecas ó ruido con la boca, para limpiar las encías ó extraer de la dentadura partículas de comida por medio de la lengua.

XXXV

Si nos desagradan la comida ó bebida que ya hemos gustado, ó si encontramos en nuestro plato un objeto que por algún motivo nos excite asco á nosotros, ó que sea realmente asqueroso, guardémonos de proferir ni la más ligera expresión sobre el particular, y conduzcámonos de manera que en ninguno de nuestros movimientos ni en nuestro semblante llegue á percibirse nuestro desagrado.

XXXVI

Pongamos disimuladamente á un lado de nuestro plato, sin contacto con la comida que en él se encuentre, las partículas huesosas de la carne y los huesos de las frutas que podamos evitar llevar á la boca, las espinas de los peces y cualquiera otra cosa que nos sea imposible hacer pasar al estómago. Pero tengamos presente que este acto, de cualquiera manera que se ejecute, será siempre desagradable á los que nos observen, y evitémoslo por tanto cuidadosamente en cuanto nos sea posible, procurando despojar en el plato las comidas de todas aquellas adherencias ántes de llevarse á la boca.

XXXVII

Jamás usemos para nada de la orilla del plato. La mantequilla, la sal, la salsa, y todo lo demás que nos sirvamos para acompañar la comida principal, lo pondremos siempre dentro del plato, en el extremo de su concavidad. Y si conteniendo nuestro plato un líquido, llegáremos á vernos en la forzosa necesidad de poner en él alguna cosa que hayamos tenido ya en la boca, apresurémonos á entregarlo á los sirvientes, pues si es impropio ocupar la orilla, todavía lo sería más el continuar tomando del contenido del plato, después de haber hecho semejante mezcla.

XXXVIII

Cada vez que en el acto de comer hayamos de abandonar accidentalmente alguna de las piezas del cubierto, la colocaremos dentro del plato, de manera que el mango descanse sobre la orilla de éste. Y cuando hayamos de abandonar á un mismo tiempo el tenedor y el cuchillo, tendremos además el cuidado de cruzarlos, poniendo el primero debajo del segundo.

XXXIX

Luego que hayamos tomado lo bastante de nuestro plato, dejaremos dentro de él el cubierto de que nos hayamos servido, poniendo el tenedor y el cuchillo juntos con el mango hacia nosotros, por ser éste el signo que indica á los sirvientes que deben mudarnos todo esto.

XL

Para tomar los líquidos, apoyaremos el borde del vaso ó de la taza en la parte exterior del labio inferior, y solo aplicaremos el labio superior cuanto sea absolutamente indispensable para beber sin ruido.

Es altamente impropio y grosero el introducir el borde del vaso ó de la taza en la boca, de modo que el labio inferior quede cubriendo una parte de su superficie, y el superior sumergido en el líquido.

XLI

Jamás bebamos licor ó agua, cuando tengamos aún ocupada la boca con alguna comida.

XLII

No olvidemos nunca limpiarnos los labios inmediatamente ántes y después de beber licor ó agua, y cada vez que advirtamos no tenerlos completamente aseados. Pero jamás nos ocurra emplear para esto el mantel, pues en el caso de no habérsenos destinado una servilleta, deberemos usar de un pañuelo que tendremos sobre nuestras rodillas.

XLIII

En el acto de beber, ya sea licor, ya sea agua, fijemos la vista en el vaso ó en la copa, y no la dirigamos nunca hacia ninguna otra parte.

XLIV

En el momento en que una persona está bebiendo, es notable incivilidad el dirigirle la palabra, y todavía más cuando ello tiene por objeto hacerle una pregunta.

XLV

Siempre que nos veamos en la forzosa necesidad de toser, estornudar, eructar ó sonarnos, pensemos que estos actos son infinitamente más desagradables en la mesa que en ninguna otra situación; y al mismo tiempo que procuremos ejecutarlos de la manera más disimulada y que menos llame la atención de los demás, volvámonos siempre á un lado, para que jamás nos queden de frente las viandas en tales momentos (§§ XXII y XXV, art. 2º, cap. 2º. —§ V, del mismo capítulo).

XLVI

En cuanto á escupir y esgarrar, ya puede considerarse cuán contrarios no serán estos actos á la severidad de la mesa, cuando están enteramente prohibidos en todas las demás situaciones sociales (§ XXIV y XXVI, art. 2º, cap. 2º).

XLVII

Muchas veces es imprescindible en la mesa el limpiarse el sudor, sobre todo en los climas cálidos; pero tengamos presente que este acto es siempre desagradable en sociedad, y ejecutémoslo con tal delicadeza, que apenas lo dejemos percibir de los demás (§ XXXVI, art. 2º, cap. 2º).

XLVIII

En el párrafo XXXI, sección 3ª, art. 4º, quedaron indicadas las condiciones de la conversación que debe sostenerse siempre en la mesa. Mas encontrándose aquel párrafo entre las reglas que deben observarse en los banquetes, pudiera acaso pensarse que las condiciones expresadas perdían algo de su severidad, al tratarse de la conversación en la mesa privada ó de familia; y conviene por tanto advertir que semejante suposición sería de todo punto absurda. Por el contrario, al lado de nuestra familia habremos de estar todavía más prevenidos que en los banquetes, á fin de no incurrir en ninguna falta contra la propiedad y el decoro de la conversación en la mesa; pues la confianza que nos inspira el círculo doméstico nos expone siempre fácilmente á incurrir en extravíos de esta naturaleza, al paso que la presencia de los extraños nos impone de suyo cierta suma de respeto que presta circunspección á nuestra conducta, y nos ayuda en cada caso á llenar todas las fórmulas y á observar todas las reglas que la urbanidad establece.

XXIX

Entre los extravíos á que naturalmente nos arrastra en la mesa la confianza con nuestra familia, aparece desde luego la propensión á refír á los sir-

vientes, y la de hacer girar la conversación sobre asuntos privados que, á poco que meditemos, reconoceremos que no es propio ni delicado se trascendan fuera de nuestra casa. Respecto de lo primero, pensemos que si en todas ocasiones hemos de ser prudentemente tolerantes con nuestros domésticos, así por consideraciones que surgen de su misma condición y de sus demás circunstancias personales (§ II, del art. 8º), como por nuestra propia tranquilidad (§ VII, del art. 8º), nunca debemos ser en este punto más mesurados que cuando nos encontremos en la mesa; ya porque la presencia de muchas personas hace demasiado mortificantes las reprensiones, circunstancia que siempre vicia y debilita su efecto; ya porque éstas se oponen abiertamente al buen humor y al contento que son tan propios de la mesa. Y en cuanto á lo segundo, bastará recordar que en el acto de la comida nos encontramos generalmente acompañados de niños y domésticos, cuya ignorancia puede inducirlos á transmitir fácil é indiscretamente lo que oyen, para que nos persuadamos de que en la mesa no debe proferirse jamás ni una sola palabra de que no pueda imponerse todo el mundo.

L

Cuando tengamos un motivo interior de tristeza, sobrepongámonos á él en la mesa hasta aparecer por lo ménos atentos y afables; pues no es justo ni delicado que vayamos en tales momentos á turbar el placer de los demás, con el aspecto y los movimientos siempre desagradables y aun mortificantes del dolor y la melancolía.

LI

Es una imperdonable grosería el separar del pan una parte de su miga, para traerla entre las manos y jugar con ella. Respecto de llegar en esto hasta formar pelotillas y arrojarlas á las personas ó hacia cualquier otro objeto, este es un acto tal, que no se concibe pueda verse jamás ni entre personas de la más descuidada educación.

LII

Jamás nos enjuaguemos la boca en la mesa, ni donde podamos ser observados en este acto por alguna de las personas de quienes estemos acompañados. El hacer esto con el licor ó el agua que se tiene ya en la boca para beber, es un acto extraordinariamente grosero. *

LIII

Para levantarnos de la mesa, esperaremos á que se ponga de pié la persona que la presida; á ménos que por algún accidente tengamos que retirarnos ántes, lo cual no haremos, sin embargo, sin manifestar á los demás que la necesidad nos obliga á ello. En las posadas públicas, con excepción de los casos en que nos encontremos en reuniones de invitación (§ VII), podemos levantarnos siempre libremente, sin esperar á que otros lo hagan primero, y sin excusarnos con nadie cuando tengamos que hacerlo durante la comida.

* No es de raro uso el hacer traer á la mesa á cada persona agua tibia al fin de la comida, en una taza llamada *cio* (palabra que no está autorizada por el diccionario de nuestra lengua), para enjuagarse la boca y para lavarse los extremos de los dedos, los cuales se enjugan con la servilleta. Respecto de esto último, aunque no produzca una impresión fuertemente desagradable, no nos atreveríamos á recomendarlo, porque en general todas las operaciones que ejecutamos para el aseo de nuestra persona, tienen naturalmente cierto carácter de reserva que les imprime la propia delicadeza, y que si pudiera relajarse alguna vez no sería por cierto en la mesa; mas en cuanto á lo primero, como quiera que incluye el acto chocante y nauseabundo de arrojar cada uno en su taza el agua que ha tenido en la boca, esto ya se opone abiertamente á la severidad de la mesa y aun á la decencia, y debe por lo tanto detestarse de la buena sociedad, quedando únicamente considerado como una de las más singulares extravagancias de la moda.

LOS JUEGOS.

LA CAZA DE MARIPOSAS.

Amalia y Federico bajaron muy tempranito á su jardín, llevando cada uno su red de gasa en forma de manga con la que se proponían dar caza á las pintadas mariposas que en él revoloteaban. No habían andado mucho, cuando ya vieron á los brillantes insectos cruzar por todas partes ó detenerse en el cáliz de las flores para saborear su dulce néctar. Entónces empezó la persecucion en todas direcciones.

Amalia, que ya contaba doce años de edad, tenía mas prudencia y mas habilidad que su hermanillo de siete años apenas cumplidos. Así es que ya había ella cogido tres ó cuatro mariposas, cuando su hermano se despepitaba todavía corriendo como un atolondrado tras de ellas, sin atrapar ninguna. Esto consistía en que Amalia no era tan viva ni tan aturdida como su hermano; caminaba con precaucion, se acercaba de puntillas, llevaba la red extendida contra el viento, y sabía cortar las vueltas á las mariposas, ó cogerlas al paso en los transparentes pliegues de su gasa.

—Federico, decía á su hermana, ven, ven á ver las mariposas que he cogido.

—¡Y á mí siempre se me escapan! decía el otro. Mas bonitas serían las mariposas si se dejaran coger.

—No te ofendas, Federico, que la primera que coga, te prometo que ha de ser para tí.

No tardó mucho tiempo sin que Amalia gritase á su hermano.

—Federico, ven, que aquí tengo una mariposa, la mas bonita de todas.

Era efectivamente un bonito animal, con alas de nacar en las que campeaban dos ó tres círculos de azul oscuro con puntos negros y dorados en el centro. Luego las alas estaban graciosamente recortadas y con un feston todo al rededor, dejando los dedos impregnados de un polvillo de plata, apenas se las tocaba.

—¡Qué cosa tan bonita! decía Federico. Déjamela tener un poquito en la mano.

—Es que no la vayas ha despachurrar.

—¡Oh! no tengas cuidado.

Entregó Amalia la mariposa á Federico, y éste á fuerza de poner cuidado, la dejó escapar al instante. La mariposa saltó primero á un rosal, desde allí voló á la rama de un arbolito, descansó un poco como para tomar fuerzas, y volviendo á tomar vuelo desapareció prontamente, dejando al niño con la boca abierta.

—¡Qué lástima! exclamaba Amalia.

—Yo no sé cómo ha sido esto, dijo Federico con tales ganas de llorar, que la bondadosa Amalia, acercándose á él y dándole un beso, le dijo:

—Vaya, no te aflijas: así como así, la habíamos de haber soltado, porque á la verdad, una mariposa tan linda era lástima que no disfrutase del campo y de las flores.

—Pues yo no quería soltarla, sino haberla puesto encima de unas hojas dentro de un vaso, ó haberla clavado con un alfiler en nuestra caja de carton con tapadera de cristal.

—Eso se queda para papá que sabe colocar las mariposas de modo que sirvan á un estudio á que todavía no hemos llegado. Nosotros lo que hubiéramos hecho es martirizar á la mariposa y hacerla morir de desesperacion batiendo las alas contra la caja. Para eso vale mas dejarla volar y que goce de las flores, de los árboles, y del espacioso campo en que vuela con toda libertad.

El gato y los ratones.

(FABULA.)

Un gato regalón de cierta viuda,
Hartado de pollos, liebres y menestras,
Más por poltronería que otra cosa,
A los ratones concedió una tregua:
De modo que, seguros por entónces

Estos señores míos de sorpresa,
Tronchaban, asolaban y comían
Sin miedo, sin rubor y sin conciencia.
Un día, pues, que en el granero estaba
El reverendo gato muy de siesta,
Reposando el opíparo banquete
Que por razón de días, á la cuenta,
Había celebrado su señora,
Entraron los ratones con gran fiesta
A dar al trigo el cotidiano asalto;
Mas se hallaba en tan fuerte soñarrera
Mi gato, que ni á oírles, ni aun á olerles
Llegó. Los ratoncillos, que le observan
Tan callado y pacífico, creyeron
Que pavor le inspiraba la caterva,
Y orgullosos resuelven atacarle.
Con efecto, formaron su asamblea,
Se nombra general, se toca al arma,
Y embisten al gatazo en su trinchera.
Despierta al ruido, mira con gran sorna
Al audaz escuadrón, la garra apresta,
Acomete veloz, le desbarata,
Y al furor de sus uñas aguileñas,
Sin ser visto ni oído, en el granero
Tribunos, general y haces entierra.
En fin, para abreviar aquella historia,
De una carnicería tan completa,
Solo escaparon vivos dos ratones,
Que al ver de lejos la horrorosa escena,
—Malo va, dicen. Piés, para qué os quiero?

*Insultar, por pacífico que sea,
Al enemigo fuerte, no es cordura;
Pues hemos visto ya por experiencia
Que pierde de ordinario lo que tiene
El que en ganarlo todo así se empeña.*

UN ENTIERRO.

Estaba el *Abuelito* en compañía de sus nietos viendo desde un balcon la gente que transitaba por la calle.

A poco, distinguióse un numeroso cortejo, lo cual dió motivo para que los niños preguntaran:

Niños.—¿A dónde irá tanta gente, *Abuelito*?

Abuelito.—Presumo que irá acompañando algun cadáver.

Niños.—Sin duda; vemos ahora un ataúd llevado por cuatro niñas.

Abuelito.—Tambien veo lo mismo que vosotros.

Niños.—Se habrá muerto alguna niña, y la conducirán al cementerio.

Abuelito.—Poco á poco, hijos míos; que al cementerio no son conducidas las niñas.

Niños.—¿Que no?

Abuelito.—Al cementerio es conducido solamente el cuerpo de los que se mueren, y ya sabéis que las personas tenemos algo mas que el cuerpo.

Niños.—Es verdad; tenemos tambien alma.

Abuelito.—Pues lo que veis ahora en ese ataúd no es una niña, sino solamente el cuerpo de una niña.

Cuando el *Abuelito* decía estas palabras se hallaba el entierro debajo del balcon, y desde allí pudieron ver que se conducía el cadáver de una niña, cuya inocente alma estaba ya, sin duda, en compañía de los ángeles.

Niños.—Y el alma de esa niña ¿qué se ha hecho?

Abuelito.—Cuando una persona se muere, el alma se separa del cuerpo.

Niños.—¿No se muere nunca el alma?

Abuelito.—Nunca. ¿No os dije que el alma es espiritual? Pues por ser espiritual, y para recibir de Dios premio ó castigo, no puede morir.

Niños.—Qué sucede en nosotros cuando nos morimos?

Abuelito.—Prestadme atencion. Sabed, hijos míos, que nuestro cuerpo es semejante á una máquina. Cuando todas las partes que la componen se hallan en buen estado, respiramos, nos nutrimos, la sangre circula, y todo, en fin, ejecuta sus correspondientes funciones.

Niños.—Pero á veces se descompondrá la máquina de nuestro cuerpo.

Abuelito.—Ciertamente, hijos míos. Ya por los muchos años de vida, ya por los muchos sufrimientos, y ya por las enfermedades, nuestro cuerpo se inutiliza, y cuando esto sucede, el alma le abandona, y entónces nos morimos.

Niños.—Sucede, pues, con él, lo mismo que con la maquinaria de una fábrica: el día en que de puro vieja ó por otro motivo se descompone alguna de sus partes, no anda.

Abuelito.—Una cosa semejante.

Niños.—Pero á nuestra alma no puede sucederle esto mismo.

Abuelito.—Lo habeis acertado. Si el morir consiste en una separacion de partes, ¿cómo pueden separarse las del alma si no las tiene?

Niños.—De ninguna manera, *Abuelito*.

Abuelito.—Hé aquí, hijos míos, por qué el alma no se muere: hé aquí por qué además de espiritual, es tambien INMORTAL.

Niños.—Y cuando se muere nuestro cuerpo, ¿qué se hace de nuestra alma, *Abuelito*?

Abuelito.—Os lo diré otro día, hijos míos; pues ahora he oído que me llama vuestra querida madre.

La abeja y la avispa.

(FABULA.)

Viendo un día cierta abeja
Sobre una flor, una avispa,
La dijo muy placentera:
—Hermana, muy buenos días,
—¿Hermana? la respondió
La abeja con gran mohina.
¿De cuándo acá el parentesco?
—Desde el capullo, querida,
Replicó un tanto picada
La avispa: y lo certifica
Nuestra total semejanza
En talle, en fisonomía,
En alas, en estructura;
Y en fin, si bien lo examinas,
Hasta nuestros agujones
Son iguales.—Pero amiga,
Replicó entónces la abeja
Un poquito envanecida,
Son distintos sus oficios:
Pues tú con ellos irritas
Y ofendes, y en mí son armas
Solamente defensivas.

*No equivoquemos las señas,
Aunque parezcan las mismas,
Que entre las abejas siempre
Se encontrará alguna avispa.*

PROBLEMAS DE ARITMÉTICA.

1º Clodoveo, fundador de la monarquía francesa, subió al trono en 481, á la edad de 15 años, habiendo muerto en el 511; pídesse en qué año nació, cuántos años vivió y cuántos años han transcurrido desde su advenimiento al trono.

2º Una rueda que tiene 6 metros de diámetro, movida por una fuerza de 8 caballos de vapor, da 12,800 vueltas en 12 horas; otra rueda de 9 metros de diámetro, para dar en 16 horas 20,000 vueltas, cuánta fuerza necesitará?

PROBLEMAS DE GEOMETRIA.

1º Dividir una recta en dos, cuatro, ocho, diez y seis, etc., partes iguales.

2º Por un punto dado fuera de una recta, tirarle á ésta una paralela.

ACERTIJOS.

1º De qué llenaríais un saco, para que, colocado en la balanza, pesase ménos que ántes de llenarlo?

2º Cómo escribiríais el número *doce* para que su mitad exacta fuera siete?

3º Qué es lo que nadie puede quitarnos, y sin embargo contamos muchas veces?